

tantes, algunos de ellos gravísimos, llevando aparejado el peligro de muerte, obligando a operaciones quirúrgicas graves, determinando trastornos funcionales, no sólo en la esfera de los órganos genitales de la mujer, sino también por acción refleja en otros aparatos, como el digestivo, el nervioso, etc. Determinarán la esterilidad en la mayoría de casos: «el 90 por 100 de mujeres estériles tienen por maridos a hombres que en una época de su vida han padecido la blenorrea», dice Næggerat. Produciendo la pérdida del epitelio vibrátil de las trompas, el gonococo prepara el terreno para el embarazo extrauterino, gravísimo trastorno que puede ocasionar la muerte si no se ha intervenido a tiempo. Latente en cualquier parte del aparato genital, con motivo de un parto se despertará su virulencia, y solo o acompañado de otros microbios, como el estafilococo, el estreptococo, ocasionará una infección puerperal que matará a la enferma; muchos son los casos de esta índole que la clínica ha demostrado y más aún los que han pasado y pasan desapercibidos.

No acaban aquí los trastornos que puede ocasionar. Como en el hombre, no se contenta con atacar a los órganos que inmediatamente están en relación de continuidad o contigüidad con un foco morbozo, sino que, por metástasis, por traslado a distancia, puede invadir otros órganos. Así puede producir el reumatismo blenorragico. Jullien cita dos casos de recién casadas que durante el viaje de bodas fueron atacadas, una de coxalgia y la otra de artritis subaguda de la rodilla izquierda que obligó a inmovilizar la articulación para siempre; tanto en la una como en la otra eran debidas a la blenorragia del marido. Puede atacar al corazón y al riñón y a las venas y arterias y a los centros nerviosos y a los centros psíquicos y a la sangre.

Perseguirá a los hijos implámente, si es que los permite tener. No los matará como la sífilis; pero más cruel que la muerte misma los hará ciegos. Al abrir los ojos por vez primera a la vi-

da, el tierno infante habrá ya recogido en ellos un poco del pus existente en los genitales de su madre, y aquel pus, en dos, tres, cuatro días, le destruirá el aparato de la visión para siempre. El 50 por 100 de niños ciegos, según Bumm, es debido a la gonococia de la madre; Renon da cifras más espantables aún: «en 1,000 ciegos, 800 son ciegos de nacimiento y su ceguera es debida a la blenorragia».

No sólo se puede propagar la blenorragia por vía genital, sino que también se propaga por otros medios: dedos sucios, trapos, esponjas, water-closets, etc. Suchard y Skutzche narran epidemias entre niñas, producidas por piscinas y bañeras mal limpiadas; Jullien observó una oftalmía purulenta producida por el gonococo en un hombre, debida a haber tomado un baño en una bañera en donde había estado antes un blenorragico. Puede dar lugar a casos como el presentado por Dufour en la Sociedad de Medicina Legal de París, en el cual una niña que presentaba una vulvitis blenorragica, hizo que se acusara a un vecino de estupro, y después de las averiguaciones judiciales, se comprobó que era debida a su padre: su tierna hija se había contaminado con las sábanas de la cama de sus padres, en donde tenía por costumbre trasladarse todas las mañanas.

Ya ven, pues, si sobraba razón al recabar para la blenorragia un lugar proeminente en mi conferencia. Ya en su forma aguda, y sobre todo en su modalidad crónica, entra perfectamente dentro de estas enfermedades, que por su gravedad y por su extensión hemos llamado enfermedades sociales. Más perniciosos son sus efectos, porque puede ser mucho tiempo despreciada por la ínfima importancia subjetiva de sus síntomas, ignorada quizá, pero en su estado latente espera con paciencia el momento propicio para presentarse: «el enemigo latente cien veces más terrible que la sífilis», exclama Jullien. Enferma al individuo, porque la blenorragia, contagiada su esposa, retornará a él corregida y au-